

Los teatros son espacios expectantes, listos para salir a escena, para, por momentos, poder crear un mundo. Aquello que acogen —la representación en sí misma y la relación actor-espectador— existe mientras sucede y sólo de manera excepcional permanece en la memoria colectiva. En el teatro todo cabe, es el espacio del ritual, del descubrimiento, y en cada representación cada obra revive mediada por múltiples circunstancias: el elenco, la escenografía, la sala, el propio público y hasta las condiciones sociopolíticas que la produjeron.

Pocos géneros de la arquitectura resultan tan atractivos como los teatros. Las razones son muchas. Desde sus orígenes, como espacio para representaciones escénicas, tuvo que resolver que un público amplio pudiera disfrutar. Para cumplir con este fin se consolidaron en Grecia las organizaciones radiales, disposiciones que debieron atender por primera vez cuestiones visuales, acústicas y mecánicas. Y desde el Renacimiento se construyeron espacios cubiertos y ciegos por los lados, lo cual planteó un desafío al decoro urbano.

Teatro y arquitectura guardan una relación de ida y vuelta necesariamente asociada, aunque durante siglos y todavía hoy se hacen representaciones en espacios no pensados como tales. Es, sin duda, el ámbito de la ilusión y un extraordinario laboratorio sobre el espacio, al punto que la acentuación de la perspectiva encuentra en la escenografía de madera del Teatro Olímpico de Vicenza un caso aún asombroso.

Muchas veces marcada por tragedias originadas en incendios, la biografía de los teatros suele ser tan intensa como extensa; quizás no haya otro género que entrañe tanto riesgo y fragilidad. Baste recordar al Bolshoi de Moscú, La Fenice de Venecia, el Liceu de Barcelona, La Scala de Milán, el Novedades de Madrid y el Covent Garden de Londres o, en nuestra ciudad, el primer y último Coliseo.

Son espacios tan socialmente significativos que algunos han merecido reconstrucciones idénticas, obras polémicas y desaconsejadas tanto desde las cartas de restauración que exigen autenticidad como desde los dogmas de la arquitectura moderna que reclaman lo nuevo. La Fenice y el Liceu han sido reconstruidos a partir, literalmente, de sus cenizas, por Aldo Rossi e Ignasi de Solà-Morales, respectivamente. Suerte dispar la del teatro romano de Sagunto, completado por Giorgio Grassi y Manuel Portaceli en 1990 con la intención de restablecer el concepto funcional de este extraordinario recinto. Sin embargo, tras 17 años de amargo litigio, la instancia judicial consideró ilegal la intervención y determinó que el monumento volviera a su ruinoso estado anterior.

La presente *Bitácora* incluye cinco textos en torno a la conservación, restauración y reconstrucción de estos monumentos: son de Ivan San Martín con Roberta Vassallo; José Terán Bonilla; Vanessa Loya; Antoni Ramon; y Jany Castellanos con ilustraciones de Jorge Tamés. Por su parte, Celia Facio entrevistó a Eduardo Saad a propósito de haber dictado, en diciembre de 2008, la Cátedra Extraordinaria "Sonido, silencio: acústica y arquitectura". Saad, hace evidente en sus clases, cuán importantes y devaluados están, para esta disciplina, los sentidos ajenos a la vista, aquello que escapa al ojo.

Resulta inevitable entonces recordar que, para las tradiciones judeo-cristiana y maya, son el sonido, el verbo y la voluntad lo que antecede y rige a la forma. Antes de existir, el espacio y las cosas, son nombrados. La prefiguración y la creación radican entonces en la energía del sonido. En tal sentido, sería difícil presentar una portada más sugerente y acorde con este número de *Bitácora* que *Masa Acústica II (Covent Garden)* del artista plástico Guillermo Kuitca, quien alude en esta obra a la configuración del espacio teatral a partir de reverberaciones.

De otros asuntos, aunque emparentados, se encuentran los demás textos:

Ligado al patrimonio moderno, a la liturgia y también a los escenarios, Juan B. Artigas vindica a la Nueva Basílica de Guadalupe como una de las grandes obras del siglo XX mexicano.

Por su parte, Diana Ramiro da cuenta de la trayectoria vital de un personaje excepcional en la promoción y protección del patrimonio cultural en México: Luis Ortiz Macedo.

Sobre las ilusiones ópticas, la ambigüedad en la construcción del espacio y la identidad del artista, Cristóbal Jácome reflexiona en "El ojo, la lente y la esfera...", en tanto que Marcelo Vizcaino plantea los incesantes trasvases entre las figuraciones urbanas y la ciudad real en "La construcción arquitectónica imaginaria y el arte cinematográfico".

Finalmente, Jimena García y Ernesto Valero proponen un tren elevado en el Bosque de Chapultepec que, además de religar sus tres secciones y vitalizar la última, establecería una relación novedosa entre el transporte público y el gozo por la ciudad al que tienen derecho sus habitantes.

Patrimonio, representación y disfrute son los temas que recorren este número. ■

Gabriel Konzevik